

Fray Buenaventura de Salinas, un gran peruano del siglo XVII

Por *LUIS E. VALCARCEL*

El Instituto de Etnología que funciona en la Facultad de Letras de la Universidad Mayor de San Marcos, de Lima, tiene resuelto emprender la reedición de una obra rarísima: "Memorial de las Historias del Nuevo Mundo Pirú", por el padre franciscano Buenaventura de Salinas y Córdova, publicada en Lima el año de 1630.

Decimos que la obra es sumamente escasa, pues sólo se conocen de ella tres ejemplares: uno en la Biblioteca Nacional de Madrid, otro en la de Santiago de Chile y el tercero en el Museo Británico. Es de este último del cual el Instituto ha obtenido una copia microfílmica, que servirá para realizar la proyectada nueva edición.

El "Memorial" fué mencionado por el gran polígrafo y bibliógrafo chileno José Toribio Medina, en sus libros "La Imprenta en Lima" (1904) y "Biblioteca Hispanoamericana" (1900). Raúl Porras Barrenechea y el padre Rubén Vargas Ugarte, distinguidos historiadores peruanos, citan la mencionada obra y consignan datos sobre su autor.

Como un anticipo del estudio que realiza el Instituto de Etnología sobre el Memorial y el autor mismo, daremos a conocer, en este breve artículo, algunos de los aspectos más resaltantes, valiéndonos, principalmente, de la investigación paciente y minuciosa que viene realizando nuestro brillante alumno Warren Cook.

La impresión que se recibe del restaurado cuadro de la vida y de la obra de Fray Buenaventura es la de estar en presencia de un insigne varón del mismo ilustre linaje del Apóstol de las Indias. Es también Fray Buenaventura un peruano con plena conciencia de su patria peruana, con la misma lucidez de un Inca Garcilaso de la Vega. Sintió al Perú en lo más hondo de su espíritu, anheloso de afirmar su personalidad cultural y su eminente derecho a no ser considerado como una simple colonia. En cuanto salió de su pluma vibraban un intenso sentimiento de orgullo americano y un amor al indio verdaderamente entrañable. En el "Memorial de las Historias del Nuevo Mundo Pirú" se retrata la rica y múltiple personalidad del padre Salinas. La famosa obra es, al mismo tiempo, un animado cuadro de la vida del Perú antiguo, con datos insospechados, un resumen de la etapa de la Conquista Española, una exhaustiva monografía de la Lima virreinal de principios del seiscientos, un contundente alegato en favor de los criollos y una formidable defensa del

pueblo indio, en que se parece escuchar la voz de Fray Bartolomé de las Casas.

Injusto olvido ha cubierto el nombre del gran peruano. Trescientos años después de su muerte, ocurrida en 1653, lejos de la amada tierra, el Instituto de Etnología rinde homenaje a su memoria, en la forma mejor: reeditando el Memorial que él compuso con emoción e inteligencia.

Fray Buenaventura de Salinas nació en Lima, alrededor del año de 1592, y no se ha podido aún precisar la fecha exacta por no haberse hallado su partida de bautismo. Fueron sus padres el abogado limeño don Diego de Salinas y la limeña Juana de Silva y Córdova. Era hermano del célebre cronista franciscano Fray Diego de Salinas y Córdova. Pertenecía, pues, a una segunda generación de criollos.

Hizo sus estudios en el colegio jesuítico de San Martín y siendo aún niño se incorporó a la vida palaciega como paje del Virrey Luis de Velasco, siendo su tío don Alonso Fernández de Córdova, Secretario Mayor de la Gobernación del Perú. En plena juventud recibió el importante encargo de reorganizar el Archivo de Palacio, tarea que le dió ocasión para conocer íntimamente el movimiento estadual e informarse de todos los secretos de la documentación del Virrey. Esa coyuntura había de habilitarlo para su posterior actitud, como predicador y como memorialista. A los veinticuatro años asumió la Secretaría Mayor, por nombramiento del Virrey Marqués de Montesclaros; pero es en su desempeño donde se produce un inesperado cambio: el mimado jovencuelo abandona los halagos cortesanos, renunciando a una carrera aristocrática llena de promesas, para vestir el sayal de fraile franciscano. Quizás el ejemplo fraterno o una recién descubierta vocación religiosa determinó el enclaustramiento de Sancho de Salinas y Córdova, quien al recibir las órdenes sagradas se convertiría en el célebre padre Buenaventura, lector de Latinidad, Retórica y Artes Liberales, más tarde de Nona y de Vísperas de Teología. Gran predicador en Lima, Huamanga, Huancavelica, Jauja y Cuzco, lugar donde pronunciara su notabilísimo sermón del año de 1635, que le ocasionó innumerables amarguras, incluso el perpetuo destierro del Perú.

Cuando dijo desde el público, lo había escrito ya en su Memorial de 1630. Pero, ¿cuáles fueron las ideas o las palabras que hubieron de influir tan poderosamente en las autoridades civiles y eclesiásticas para evitar la presencia en el Perú del joven religioso?

En su sermón del Cuzco refirió patéticamente cómo en uno de los caminos que conducían a la imperial ciudad, se encontró con una caravana de trescientos indios, en hilera, cargados de grandes costales de trigo, descalzos y desnudos, atados con un cordel a las gargantas, con algunos fiscales o agentes que venían a trechos con sus azotes y varas en las manos, haciéndoles andar a prisa como si fueran bestias de carga. Fray Buenaventura, nuevo Quijote en los Andes, los detiene e interroga. Se entera de que son gentes al servicio de un cura que ha comprado ese trigo,

a razón de ocho reales y se lo envía a otro cura, para que lo venda a 20 ó 24 reales. . .

Más adelante, fray Buenaventura tropieza con otra partida similar, esta vez el envío es de corregidor, a corregidor. El obispo Fernando de Vera lo acusa al Rey y lleva el chisme ya muy adornado. Dice que el padre Salinas había clamado desde la cátedra que el Rey gobernaba tíranicamente, que repartía las encomiendas entre sus aduladores y que enviaba al Perú cazadores y no pescadores, que con violencia se enriquecían en vez de hacerlo, como éstos, con suavidad. No se publicó nunca el sermón; pero es muy posible que nuestro fraile dijera algo semejante o equivalente. Así era de bravo. Mas, hubo de defenderse, no sin sostener una y mil veces que los indios eran víctimas de tremendos agravios, "sin respetar ni obedecer tantas y piadosas cédulas y provisiones reales". Que los despojos y vejaciones estaban obligando a los pueblos indios a desbandarse tierra adentro. Y que van diciendo: "Qué Rey es éste cuyos ministros y vasallos nos hacen tantos males". . . Esta manera de decir tan poco en armonía con el servilismo dominante en todas las esferas pinta de cuerpo entero a Fray Buenaventura.

Nadie se extrañe, entonces, que el libro que él escribiera no circulase, llegando por milagro a nuestras manos unos poquísimos ejemplares. Tampoco asombra que el predicador apostólico no pudiera volver a sus patrios lares, que el pastor se viera privado de su grey, entregada ya a los lobos, como él lo denunciaba, con acentos lascasianos.

Fray Buenaventura, después de vivir un tiempo en España, tratando de vindicarse ante el monarca, pasó a Italia, quedando allí, en el convento de Nápoles, no sin antes asistir al capítulo de Roma, en 1639, y de gestionar reiteradamente la canonización de Fray Francisco Solano. Pidió y obtuvo, en excepcionales condiciones, la preciadísima reliquia de un fragmento de la cruz de Cristo, que había de enviar a la Catedral de Lima. Ya en 1645 logró volver a América, pero no a su amado Perú, sino a México, donde ejerciera el elevado cargo de Comisario General de su Orden.

Sus enemigos no habían de cejar en su campaña, tachándolo de peligroso criollo, alborotador. Hubo de resignarse a vivir sus últimos años privado de la patria.

El 15 de noviembre de 1635, en el convento de Cuernavaca, se cerró esta agitada existencia; desaparecía un varón justo y un patriota apasionado, que vislumbró el Perú grande y libre, en tiempo tan temprano.

No hay página de su libro que carezca de valor. La preciosa obra que nos aprestamos a reeditar deberá ser, como "Los Comentarios", del Inca, un evangelio de América.